

XIV

En la sala de trabajo, Clotilde abrochaba el cuerpo del traje, teniendo aún en el regazo el niño, al cual acaba de dar el pecho. Era después del almuerzo, hacia las tres de la tarde de un espléndido día de Agosto, de cielo abrasador; las persianas, cerradas cuidadosamente, no dejaban penetrar, al través de las rendijas, más que estrechas fajas de sol, en la sombra dormilona y encalmada del vasto aposento. La paz, la ociosidad del domingo, parecían esparcirse por fuera, con el sonido lejano de las campanas que tañían el último repique de vísperas.

Ni un rumor se elevaba en la casa vacía, donde la madre y el niño estarían solos hasta la hora de comer, pues la criada había pedido permiso para ir á ver una prima al arrabal.

Clotilde miró un instante á su hijo, rollizo mamón de tres meses. Había parido en

los últimos días de Mayo. Durante diez meses llevó luto por Pascual, y vistió un sencillo traje negro, con el cual estaba divinamente hermosa, fina, sana, con su rostro de una juventud triste, aureolado por sus cabellos rubios. No podía sonreír, pero experimentaba dulce bienestar al ver á su nene hermoso, gordo, sonrosado, con la boca mojada aún de leche. La mirada del chiquitín se fijó en una de las franjas de sol, donde bailaba el polvo. Pareció quedar sorprendido: no separaba los ojos de aquella claridad de oro, aquel milagro deslumbrante de la luz. Después vino el sueño, y dejó caer sobre el brazo de su madre su cabecita redonda y lisa, sembrada ya de escasos cabellos pálidos.

Entonces Clotilde se levantó suavemente, y le puso en la cuna, que se hallaba cerca de la mesa. Permaneció inclinada sobre él un instante para convencerse de que dormía. Corrió la cortina de muselina, en medio de la sombra del crepúsculo. Sin ruido, haciendo movimientos delicados, caminando con paso tan ligero que apenas tocaba el piso, se ocupó en seguida en ordenar la ropa que estaba encima de la mesa, y cruzó dos veces la habitación en busca de un zapatito que se había extraviado. Estaba silenciosa, muy dulce y

muy activa. Aquel día, en medio de la soledad, pensaba en que iba corriendo el año del luto.

Además, después de la horrible impresión del entierro, ocurrió la marcha inmediata de Martina, que se había obstinado en irse, no queriendo permanecer ni ocho días, y ofreciendo, para reemplazarla, á una joven, prima de un panadero de la vecindad, muchacha morena, que felizmente resultó bastante trabajadora. Martina vivía en Santa Marta, en un agujero lejano, tan avaramente, que aún economizaba parte de las rentas de su pequeño tesoro. No se le conocía heredero; ¿á quién preferiría, en su furor de avaricia? En diez meses no había puesto los pies en la Souleide ni una sola vez: el señor no estaba ya allí, y por lo visto no la hostigaba el deseo de ver al hijo de su amo.

Luego Clotilde evocaba en sus deliquios la figura de doña Felicidad. Esta venía á visitarla de vez en cuando, con condescendencia de pariente poderoso, que tiene el alma sobrado grande para perdonar todas las faltas cuando son expiadas cruelmente. Llegaba de improviso, cogía en brazos al niño, hablaba de moral, daba consejos, y la joven madre, frente á frente de la vieja, adop-

taba la deferente actitud que Pascual había conservado siempre. Por otra parte, el triunfo era para doña Felicidad. Al fin iba á realizar una idea acariciada largo tiempo, maduramente reflexionada, que debía consagrar, con monumento imperecedero, la gloria de la familia. La idea consistía en consagrar toda su considerable fortuna á la construcción y dotación de un asilo para los viejos, que se llamase el Asilo Rougon. Había comprado ya el terreno, una parte del antiguo Juego del Marro, fuera del pueblo, cerca de la estación, y precisamente aquel domingo, hacia las cinco, cuando el calor se aplacase algo, se colocaría la primera piedra: una verdadera solemnidad, honrada con la presencia de las autoridades, y donde ella sería la reina aplaudida por la muchedumbre.

Clotilde sentía además cierta gratitud hacia doña Felicidad, que procedía de haber demostrado esta gran desinterés cuando la apertura del testamento de Pascual. Él había instituido á Clotilde universal heredera; y su madre, que tenía derecho á reservar una cuarta parte, después de ver formalmente declarada la voluntad de su hijo, había renunciado á la herencia. Ella quería desheredar á todos sus parientes, no le-

garles más que la gloria, empleando su gran fortuna en levantar ese Asilo que llevaría el nombre respetado y bendecido de los Rougon en las edades futuras; después de haber sido durante medio siglo tan firme en la conquista del dinero, ahora lo desdeñaba, absorbida por más alta ambición. Y á Clotilde, gracias á su liberalidad, no la inquietaba el porvenir: los cuatro mil francos de renta les bastaban á ella y á su niño. Lo educaría, haría de él un hombre. Había colocado los cuatro mil francos, á nombre de su hijo, en casa del notario; y aún le quedaba á ella la Souleiate, que todos la aconsejaban que vendiese. Sin duda las rentas no eran pingües, y ¡qué vida de soledad y de tristeza, en aquel caserón desierto, demasiado grande, donde ella nadaba y se perdía! De todos modos, hasta entonces no se había decidido á desprenderse de ella. Tal vez no se decidiría jamás.

¡Ah! ¡Aquella Souleiate era todo su amor! toda su vida, todos sus recuerdos! Le parecía, por momentos, que Pascual vivía aún, pues ella en nada había alterado su vida de antes. Los muebles estaban en el mismo sitio, las horas señalaban los mismos hábitos. Había cerrado su alcoba; sólo ella

entraba allí, como en un santuario, para llorar cuando sentía muy apenado su corazón. En el recinto donde ambos se habían amado, en el lecho donde él había muerto, Clotilde se acostaba todas las noches, como en otro tiempo, cuando era muchacha; y no había allí, cerca de la cama, más que la cuna, que colocaba al lado por la noche. Era siempre la misma alcoba dulce, de antiguos muebles de familia, con los adornos, descoloridos por el tiempo, de tono rosa: la vieja alcoba que el niño alegraba de nuevo.

Luego, abajo, cuando Clotilde estaba sola en el comedor, á cada comida oía los ecos de sus risas, de los vigorosos apetitos de su juventud, cuando los dos comían y bebían tan alegremente gozando la salud vital. Y lo mismo el jardín y toda la finca, la herían en las fibras más íntimas, pues no podía dar un paso sin evocar las dos imágenes, unida la una á la otra: ¡desde la terraza, en la sombra estrecha de los cipreses seculares, cuántas veces habían contemplado el valle del Viorne, limitado por las barreras rocosas de la Seille y las costas abrasadas de Santa Marta! ¡Por las gradas de peña viva, al través de los olivares y de los almendros delgados, se habían desafiado tantas veces á trepar como chiqui-

llos escapados de la escuela! ¡Allí estaba también el pinar, con su sombra cálida, embalsamada, donde se sentían las hojas crujir bajo los pies; el piso tapizado de blanda hierba, desde donde se veía el cielo entero, por la noche, cuando salían las estrellas! ¡Y allí estaban los plátanos gigantes, la sombra deliciosa que iban á saborear en los días de verano, escuchando la canción refrescante del manantial, la nota pura y cristalina del hilo de agua que sonaba desde hacía siglos! Hasta las viejas piedras de la casa, hasta la tierra del suelo la traía recuerdos; no había en la Souleíade un átomo donde no sintiera circular algo de su sangre, algo de su vida, esparcida y mezclada.

Prefería pasar el día en la sala de trabajo; allí tenía sus mejores reminiscencias. No había ningún mueble nuevo más que la cuna. La mesa del doctor estaba en su sitio, delante de la ventana de la izquierda; podía entrar y sentarse, pues la silla también era la de costumbre. En la ancha mesa del centro, entre el antiguo montón de libros y de carpetas, había la nota nueva y clara de las ropitas del niño, que su madre repasaba y zurcía. La biblioteca mostraba las mismas series de volúmenes; el gran armario de encima pa-

recía guardar en sus entrañas el mismo tesoro, sólidamente cerrado. Bajo el techo ahumado flotaba aún el olor del trabajo, entre el revoltijo de las sillas, el desorden de aquel taller común donde durante tanto tiempo habían convivido los caprichos de la joven y las investigaciones del sabio. Y lo que más la emocionaba hoy era ver sus antiguos pasteles pegados á los muros; las flores naturales que había dibujado, copiadas minuciosamente, y además las fantásticas excursiones al país de las flores soñadas, que germinaron en su ardiente imaginación.

Clotilde acababa de ordenar las ropitas del niño en la mesa, cuando, al levantar la vista, vió ante sí el pastel del viejo rey David, con la mano apoyada en la espalda desnuda de Abisaig, la joven Sunamita. Y ella, que no reía ya, sintió que el regocijo le subía al rostro, en el dichoso enternecimiento que experimentaba. ¡Cómo se amaban, cómo soñaban en la eternidad, el día en que ella se solazara con aquel símbolo, al lado de su Pascual! El viejo rey, vestido suntuosamente con túnica joyante, cargada de pedrerías, ostentaba la diadema real en sus cabellos de nieve; y ella estaba más magnífica aún, sólo con la seda de su piel, su talle delgado y lar-

go, su garganta fina y torneada, sus brazos suaves, de una gracia divina. El se había marchado, dormía bajo tierra, mientras ella, vestida de luto, toda negra, no mostrando nada de su triunfante desnudez, sólo tenía al niño para expresar el don sereno, absoluto, que había hecho de su persona ante el pueblo reunido, á la luz del día.

Clotilde concluyó por sentarse suavemente al lado de la cuna. Las franjas de sol se alargaban de un extremo á otro de la sala; el calor ardiente del día penetraba entre la sombra adormecedora de las ventanas cerradas; el silencio de la casa parecía haberse aumentado. Clotilde había colocado aparte las almillitas, y recosía los cordones lentamente, puntada á puntada, presa de la somnolencia, en medio de aquella paz tibia, que la envolvía rechazando el bochorno de afuera. Su pensamiento volvió á los pasteles, los reales y los imaginarios, y pensaba ahora que su dualidad se cifraba en aquella verdadera pasión que la retenía horas enteras ante una flor, para copiarla con exactitud, y en su necesidad del más allá que otras veces la arrojaba fuera de lo real, la arrastraba á sueños locos, al paraíso de las flores increadas. Siempre había sido así; sentía

que en el fondo de su ser persistía lo que había sido antes, bajo la ola de vida nueva que la transformaba sin cesar. Su pensamiento entonces recayó en la gratitud profunda que consagraba á Pascual por haberla hecho lo que era. En otro tiempo, cuando niña, mientras se desarrollaba en un medio execrable, él la había recogido, cediendo, seguramente, á su buen corazón, pero deseoso sin duda de realizar en ella la experiencia de cómo se transformaría en un medio todo verdad y ternura. Era en él preocupación constante, teoría antigua, que había querido demostrar la cultura por el medio, la curación, el ser mejorado y salvado física y moralmente. Ella le debía lo mejor de sí misma, pues adivinaba lo antojadiza y violenta que hubiese sido si él no la da la pasión y el valor. En aquella eflorescencia al sol, la vida había acabado por lanzarles el uno en los brazos del otro, y no era el esfuerzo último de la bondad y la alegría el niño que les habría alegrado á ambos, si la muerte no les separara?

En esta ojeada retrospectiva tuvo clara sensación del gran cambio en ella realizado. Pascual había corregido su ley de herencia, y ella resucitaba la evolución lenta, la lu-

cha entre lo real y lo quimérico. Esto se originaba de sus rabieta de niña, de una tendencia á la rebelión, de un desequilibrio, que la sacaba de quicio mil veces. Luego venían sus accesos de devoción, su necesidad de ilusiones y de mentiras, de felicidad inmediata, pensando que las desigualdades y las injusticias de este mundo amargo debían ser compensadas con las eternas dichas de un paraíso futuro. Aquella fué la época de las luchas con Pascual, de los tormentos con que le había torturado pensando en asesinar su genio. Volvía á aquel recodo del camino, y allí encontraba á su maestro conquistándola por la lección terrible de vida, y trató que la había dado durante la noche de la tempestad. El medio había obrado, la evolución se precipitaba: concluía por ser la elegida, la razonable, que aceptaba la existencia, según hay que vivirla, esperando que la suma del trabajo humano libraría al mundo del mal y del dolor. Había amado, era madre, y basta.

De pronto se acordó de la noche que habían pasado al aire libre. Oía sus quejas bajo el cielo estrellado: la naturaleza atroz, la humanidad detestable, la debilidad de la ciencia, la necesidad de perderse en Dios, en el misterio. Fuera del aniquilamiento no había

dicha. Luego le oía explicar su credo, el progreso de la razón por la ciencia, el único bien posible, las verdades lentamente adquiridas para siempre, la creencia de que la suma de esas verdades aumentadas poco á poco acabará por conceder al hombre un poder incalculable, y la serenidad, si no la dicha. Todo se resumía en la fe ardiente de la vida. Como decía él, era necesario caminar con la vida, que no se para nunca. No había que esperar ningún descanso, ningún sosiego en la inmovilidad de la ignorancia, ningún alivio en la vuelta atrás. Había que tener el espíritu firme, la modestia de comprender que la única recompensa de la vida es haberla vivido animosamente, cumpliendo la norma que nos impone. Así el mal no es más que un accidente inexplicado aún; la humanidad aparece, mirada desde lo alto, como inmenso mecanismo en función que elabora perpetuamente el porvenir. ¿Por qué el obrero que desaparece al concluir su trabajo, maldice la obra porque no puede verla ni juzgarla en su fin? Si no es dado conocer el desenlace, ¿por qué no gustar el placer de la acción, el aire vivo del adelanto, la dulzura del sueño, después de larga fatiga? Los niños continúan la tarea de sus pa-

dres; nacen y se les ama por eso, por la mancha de la vida que les transmitimos que ellos transmitirán á su vez. Por lo tanto, no hay más que la resignación valerosa de la gran labor común, sin la rebeldía del yo, que exige dicha absoluta.

Clotilde se interrogaba á sí misma, y no experimentaba que el abandono, la angustia de otro tiempo, cuando pensaba en el más allá de la muerte. El anhelo del más allá ya no la preocupaba hasta la tortura. En otro tiempo, hubiese querido arrancar violentamente al cielo el secreto del destino. Tenía infinita tristeza de ser, sin saber por qué era. ¿Qué hacía sobre la tierra? ¿Cuál es el secreto de esta existencia execrable, sin igualdad, sin justicia, que se aparece como la pesadilla de una noche de delirio? Su afán se había calmado; podía pensar en las cosas serenamente. Tal vez el niño era la continuación de sí misma, y ocultaría en adelante el horror del fin. Donde ella habitaba había también mucho equilibrio en la vida; pensamiento que bastaba para vivir, por el esfuerzo de vivir; la única paz posible en el mundo, la dicha de ese esfuerzo cumplido. Repitió unas palabras que solía decir el doctor, cuando veía á un aldeano regresar apaciblemen-

te después de su trabajo del día: "A ese, la cuestión del más allá no le impedirá dormir.,," Lo cual significa que este problema no se embrolla ni se confunde más que en los cerebros febriles y ociosos. Si todos hiciesen lo que el aldeano, todos dormirían tranquilos. Ella sentía este poder bienhechor del trabajo, en medio de sus sufrimientos y sus dolores. Desde que Pascual le había enseñado el empleo de cada hora, sobre todo desde que era madre, ocupada sin cesar de su niño, no padecía ya el escalofrío de lo desconocido, que pasa sobre la nuca como helado soplo. Repelía sin lucha sus delirios inquietadores; y si aún la turbaba algún temor, si alguna de las cotidianas amarguras la oprimía el corazón, encontraba un confortante, una fuerza de resistencia invencible en el pensamiento de que su niño tenía un día más aquel día y otro al siguiente y que día á día, página á página, se acabaría su viviente obra. Esto la resarcía de todas las miserias. Tenía una función, un objeto, y lo conocía bien en su serenidad dichosa; hacía seguramente lo que debía hacer: todo iba como Dios manda.

Sin embargo, en aquel momento comprendió que la mujer quimérica no se había extinguido en ella aún. Acababa de sonar ligero

ruido en el silencio profundo, y levantó la cabeza: era el mediador divino que pasaba, tal vez el muerto que lloraba y que creía adivinar allí. Siempre tendría rastros de la infancia crédula de otro tiempo, curiosa ante el misterio, sintiendo la necesidad instintiva de lo ignoto.

Clotilde había creado parte de esa necesidad, que explicaba científicamente. Por muy lejos que la ciencia coloque los límites de los conocimientos humanos, hay un punto que jamás franqueará, y allí era donde Pascual cifraba precisamente el único interés de vivir, por el deseo incesante de saber más. Desde entonces Clotilde admitía las fuerzas desconocidas en que se sumergía el mundo, un inmenso dominio oscuro diez veces mayor que el dominio ya conquistado, un infinito inexplorado, á través del cual la humanidad futura ascenderá sin cesar. Cierto: era un campo muy vasto, donde se perdía la imaginación. En las horas de cavilaciones, Clotilde se contentaba con la imperiosa sed que parecía sentir del más allá: necesidad de huir del mundo visible, de satisfacer la ilusión de justicia absoluta y dicha futura. Lo que le quedaba de su antiguo tormento, su exaltación última, se apaciguaba, puesto que la

humanidad que sufre no puede vivir sin el consuelo de la mentira. Felizmente, todo se desvanecía en ella. En medio del retorno á una época alimentada por la ciencia, inquieta por las ruinas que sembraba al paso, presa de espanto ante el siglo nuevo, con el loco anhelo de no ir más lejos, antes caminar hacia atrás, Clotilde poseía el feliz equilibrio, la pasión de la verdad y el ansia de lo desconocido. Si los sabios sectarios cerraban el horizonte para atenerse estrictamente á los fenómenos, le había permitido á ella, Pascual criatura sencilla y buena, suponer lo que no sabía ni sabría jamás. Y si el credo de Pascual era la conclusión lógica de toda la obra, la eterna cuestión del más allá, que ella alzaba cuando menos hasta el cielo, abría la puerta del infinito ante la humanidad en marcha. Puesto que siempre habría que aprender y que resignarse á no conocerlo todo, ¿no era acelerar el movimiento, la vida misma, eso de reservar el misterio, eterna duda y eterna esperanza?

Un nuevo ruido, un ala que pasó, el roce de un beso en sus cabellos la hizo sonreír. Pascual estaba allí seguramente. Y Clotilde sintió un enternecimiento inmenso que, venido de todas partes, inundaba su ser. ¡Qué